

nismo. Y siento, en cada paso que damos, que se trata de una construcción colectiva, de un nuevo saber hacer, de definir horizontes en una sociedad que busca desesperadamente justicia y derechos para las mujeres. Me enamoré de esas ideas. La idea de tolerancia, de inclusión, de diversidad y de crecimiento, de la posibilidad de un futuro más justo.

Entonces nos organizamos, hacemos, nos equivocamos, nos convocamos, nos dispersamos: lo cotidiano asedia, pero, si el horizonte es claro, se encuentra el espacio para estar, para escuchar a las otras, a les otras.

Consensuar, discutir, ceder, pensar en cómo hacer las cosas de una manera diferente. Crear, por sobre todas las cosas: nunca parar de crear, eso sí que no nos lo arrebatrán.

La idea del encuentro y la fusión entre lo femenino y lo masculino. El ejercicio constante y colectivo sobre la construcción comunitaria de nuevas ideas sobre el feminismo y la exploración de dimensiones sociales cada vez más complejas es lo que me mueve en estos días. Consensuar un cambio de percepción que pueda desencadenar reacciones hacia diferentes realidades.

A todas las mujeres que me han despertado les estoy infinitamente agradecida, y aquí estoy, aprendiendo. Es el deseo como motor, el deseo de imaginar un mundo diferente. Estamos movidas, conmovidas, movilizadas, motorizadas por el deseo urgente de inclusión, de ser escuchadas, de poder decidir sobre nuestros cuerpos, de ocupar nuestro espacio y, por sobre todas las cosas, de tener una voz.



Los
feminismos
en la
actualidad

El feminismo en los límites de la razón extractivista: una intervención desde el materialismo posthumano

COLECTIVA MATERIA

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)

La invitación a escribir en este dossier parte de un presupuesto: si bien los feminismos tienen una larga historia en la escena del pensamiento, recientemente, y sobre todo en Latinoamérica, hubo un cambio cualitativo respecto de la lógica de esa intervención. Entre los múltiples modos de analizarlo, elegimos aquí los acercamientos entre el movimiento feminista y la así llamada agenda ambientalista.¹ De esta manera, nuestra intervención considera el feminismo como la punta de lanza de una serie de luchas que toman en la actualidad una fuerza nueva debido a la modificación de los presupuestos sobre los que se sostienen. Los problemas que el feminismo contemporáneo puso en escena traman hoy alianzas con movimientos teóricos y políticos que, a su vez, se reconfiguran y alcanzan una potencia aún no suficientemente pensada.

Si examinamos los debates académicos en torno al feminismo surgidos al amparo del giro lingüístico del siglo pasado, hallamos que muchas veces responden a la exigencia dualista de la división científica del trabajo y asumen como propia la dimensión cultural, construida discursiva y genéricamente en contraposición con lo na-

¹ La “así llamada” porque, como veremos, la noción misma de “ambiente” como “medio” sobre el que se distribuyen individualidades necesariamente tiene que ser alcanzada por la crítica en la alianza que proponemos.

tural, esencial, material o sexual. En términos políticos, esto implica una serie de luchas puntuales que no terminan de articular una agenda conceptual para un movimiento que, independiente de los vaivenes académicos, siguió creciendo en diversidad y reivindicaciones sobre todo fuera de las universidades hasta la exigencia de cambiarlo todo. Lo sabemos, la academia siempre llega tarde y carente de la lucidez requerida en los barrios, los ríos, los centros de telemarketing, las bardas, los hogares familiares o las calles.² Sin embargo, desde este lugar inhabitable que habitamos y de acuerdo con sus ritos, intentaremos señalar algunas líneas de investigación y debates que modulan en la teoría la sintonía necesaria para pensar el gesto feminista por fuera de la división científica y sexual del trabajo.



Los
feminismos
en la
actualidad

La perspectiva de los nuevos materialismos forjados al calor de cruces transdisciplinarios ha puesto en cuestión la premisa que opone naturaleza y cultura, premisa que, lejos de ser una abstracción teórica, obtura en gran medida las discusiones en torno a la autonomía de los cuerpos, los cuidados, los modos de circulación de lo que existe y las imposiciones simbólicas que recaen sobre ello. La separación alma/cuerpo, central en la constitución del dispositivo teórico y político de la subjetividad humana, y la consecuente distinción entre espíritu y materia para pensar lo que hay, está implicada en discusiones de lo más diversas y actuales que redundan en la mayoría de los casos en el aseguramiento del control de los cuerpos y sus potencias (baste pensar en los discursos antiaborto o en las

² La continuidad que aquí planteamos entre feminismos y luchas vinculadas a la resistencia territorial surge de experiencias comunitarias que tejen infinitas alianzas para garantizar un cuidado que ya no se piensa de manera paternalista, como protección e inclusión bajo la condición de subordinación dentro de la propiedad señorial de lo humano, sino como modos de crianza (también interreinos) mutua y recíproca. Como la reapropiación de la idea de paro que hicieron las mujeres que trabajan en los comedores de la villa 21 24 Zavaleta el 8 de marzo de 2019: con la consigna “Repartimos crudo” encontraron el modo de sustraer su trabajo, de hacer el paro, sin que nadie se quedara sin comer. Otras experiencias implican la redefinición de las ideas de comunidad y de memoria colectiva en contextos de violencia patriarcal y extractivista, como el caso de las Mujeres tejedoras de sueños y sabores de paz de la comunidad afrodescendiente desplazada en Mampuján (Colombia): ellas recuperan los saberes ancestrales de tejido y gastronomía para reconstruir y a la vez revertir una historia de dominio que se extiende hacia todo lo existente. Esta idea política de tejido, en contraposición con la de “pacto” por ejemplo, deja pistas importantes para pensar los armados estratégicos entre especies y reinos que el feminismo puede inventar.

polémicas entre abolicionistas y regulacionistas para comprender los modos en que esos debates siguen operando sobre la base de dichas distinciones). A partir de la idea de la existencia de procesos dinámicos biotecnoculturales de interconexión no reductibles a la humanidad como especie, los nuevos feminismos materialistas, por su parte, han permitido traer otros asuntos a la agenda común para pensar las alianzas surgidas en todo el mundo entre los distintos movimientos humanos de emancipación y otros actores existentes (orgánicos o no), para la invención colectiva de salidas de los sistemas de sometimiento.

Es aquí donde vale la pena detenerse: en ese punto en el que los feminismos abandonan la lógica todavía circunscrita a la reivindicación de derechos que, en definitiva, siempre implica una aceptación del derecho, es decir, de un poder constituido, una legalidad con más o menos legitimidad más allá de la cual nada es ya pensable, ni cuestionable. Este desplazamiento en las reivindicaciones feministas permite poner en primer plano, incluso sin respuestas firmes ni acuerdos amplísimos, la discusión impedida en tantos otros medios intelectuales acerca de los modos de vida, los sistemas de producción, el estado de la deuda y las premisas modernizadoras. El horizonte emancipador, aquel antes pensado bajo la lógica revolucionaria, pierde su moderna evidencia cuando el ideal humano queda puesto en cuestión. La cuenta de los muertos a menudo permite visualizar, con mayor claridad que las viejas teorías que nos formaron, quién es el enemigo y dónde se ejerce la resistencia. Son mayormente los cuerpos feminizados los que se convierten en la moneda de cambio del capital. Pero también aquellos que se alían con el territorio, los ríos, los cerros, el agua, las plantas y los animales: es elocuente en este sentido la serie de asesinatos de militantes ambientalistas que se extiende por Latinoamérica, así como la tibia aceptación del discurso de la muchacha sueca que lo denuncia todo y que se salva de la muerte pero no del escarnio adulto.

Dime cómo está dispuesto tu cuerpo, te diré qué circulación tiene tu palabra y cuál es tu disponibilidad (y viceversa). Las corporalidades no son solo efectuadas por los discursos políticos y sexuales, sino por la dimensión material que acomuna humanas, animales no humanos, plantas y minerales bajo una misma lógica que se dice “extractivista” porque selecciona rasgos y potencias haciendo caso omiso de las limitaciones que ello impone sobre las prácticas que

permiten a esos cuerpos inventarse cada vez una existencia. La ciencia aquí también debe recorrer su propia revuelta. Las prácticas que el modelo extractivista opera sobre lo existente tienen como necesaria contraparte una ciencia idealizante que confirma un particular modo de ser de lo que hay: aquel que lo explica a través de la identificación y separación de rasgos individualizables. Sin embargo, como sabemos, las ciencias (sobre todo, hoy en día, las orientadas a lo viviente, a la información y a los materiales) no son ni constituyen un espacio libre de conflictos donde se persigue una “verdad” que no se toca con la política. Con la inercia de viejas lecturas, muchas veces desde la filosofía asumimos que la “biología”, por caso, es un cuerpo uniforme de saberes, desconociendo hasta extremos ridículos subdisciplinas, campos problemáticos y teorías biológicas recientes. ¿Cómo pensar, al menos en el área de la filosofía contemporánea, sin tener en cuenta la disputa abierta entre la biología evolutiva y la microbiología? ¿Entre los vocabularios ligados a la guerra y aquellos ligados a la cooperación en la descripción de la evolución como un proceso planetario?



Los
feminismos
en la
actualidad

Tal vez los cruces más fructíferos se den entre la filosofía que acumula objeciones al sujeto individual y a la metafísica dualista y aquellas teorías que dejan de pensar en términos de sumas de individuos y permiten retomar la preocupación por el medioambiente a partir de una consideración de lo existente como una serie de encuentros dinámicos de construcción colectiva (“simpoiéticos” los llama Lynn Margulis) entre entes orgánicos e inorgánicos (lo que Donna Haraway refiere como “holoentes”). Este tipo de acercamiento teórico implica a su vez abordar el capitalismo como un modo de producción del planeta justificado por los discursos humanistas, especistas y patriarcales (es decir, aquellos discursos que defienden la separación y jerarquización de lo existente a partir de la excepcionalidad humana, excepcionalidad que va cerrando el círculo de inmunidad en torno al cisvarón blanco, heterosexual, hablante de un idioma perteneciente a un estado nación reconocido como tal, etc.). Y si el capitalismo no sólo produce unos tipos específicos de humanos (como las izquierdas de todo el mundo denuncian hace muchos años) sino que interviene esencialmente en las conexiones y prácticas de existencia que dan forma a la superficie terrestre, entonces lo que también se pone en evidencia es la insufi-

ciencia de la todavía vigente separación entre ciencias humanas/sociales y ciencias naturales/exactas. Por esta vía, enfocándose en las prácticas que afectan la construcción del saber científico en todas sus dimensiones (las condiciones materiales de la investigación, la subjetivación de los investigadores, su relación con la financiación económica y política, su inserción institucional universitaria, estatal y privada, su circulación en el mundillo de los artículos y los congresos que se convierten en referentes del campo disciplinar) se advierte como en filigrana la estructura misma del patriarcado. Es así que, entre las tareas de entretejido que hay que proponerse, deben tenerse en cuenta aquellas perspectivas que desarman la especificidad de las ciencias en pos de una repolitización y transformación de los abordajes más allá de las viejas divisiones disciplinarias. ¿Qué sentido tendrán las ciencias naturales y las humanas si desarmamos el par naturaleza/cultura? ¿Qué sentido la división espiritual y material del saber, una vez cuestionadas las viejas oposiciones entre espíritu y materia? Es aquí también donde se despliega una disputa cuyos alcances aún no hemos dimensionado.

La filosofía ejercida, entonces, desde el feminismo materialista y posthumano que queremos construir se plantea un problema ontológico que es también político: cómo pensar la necesidad evidente de una resistencia común que no solamente vincule el ambientalismo con las prácticas sociopolíticas de cuidado, tradicionalmente asumidas por las identidades feminizadas, sino que tome como punto de partida la disposición material de todos los cuerpos. Tal vez solo redistribuyendo la agencia (durante siglos atribuida únicamente al hombre) podremos resistir los embates del actual agrocapitalismo idealizante y patriarcal. Una perspectiva excéntrica y objetivante es cómplice de las prácticas que hacen del planeta un mero recurso, desentendiéndose de las fuerzas que operan en la superficie terrestre y desmaterializando la tierra para pensarla bajo la abstracción del capital. Esta forma de relación con el planeta como disponible para los humanos brota incluso en algunas formas del discurso ecológico. Resulta elocuente la metáfora que se utilizó a propósito del incendio en 2019 de parte importante de la Amazonia, que la refería como “pulmón de la humanidad” o, de forma un poco menos antropocéntrica aunque no menos zoomorfa, “pulmón del planeta”. Esta concepción de la Amazonia no deja de verla como un recurso al que se tiene derecho, y que debe ser defendido en tanto que recurso.

Estos son los límites de nuestra razón extractivista: si algo vale la pena es porque le es necesario o útil a la especie humana. Contra ella, hoy los feminismos reclaman que la mirada vuelva al ras del suelo y teja alianzas con lo inmirable, lo desechado, lo siempre mezclado, lo inidealizable, por lo demás ya descubierto por Platón en la mugre bajo las uñas o por Adorno en su recuerdo infantil del carro de cadáveres de la perrera.



Los feminismos en la actualidad

Partiendo de la urgencia que el cambio climático planetario ha generado al modificar las condiciones de habitabilidad del sistema Tierra para la totalidad de lo existente, creemos que la exploración de lógicas diversas de existencia y de posibles alianzas interreinos podría generar un pensamiento más ajustado a nuestro presente.³ Desde nuestra perspectiva, una de las cuestiones que se nos vuelve evidente es el modo en que se han pensado las totalidades en términos idealizantes, esto es, en última instancia, el modo en que se han resignado sistemáticamente las singularidades en favor de una generalidad que no hace justicia al caso por caso (o al cuerpo a cuerpo). Esto supone un punto de confluencia activo entre nuestro materialismo posthumano y el feminismo como práctica y como movimiento: al plantear que no podemos darnos el lujo de prescindir de las situaciones concretas pero tampoco de modos colectivos de organización conceptual y política, se generan prácticas teóricas que rechazan el coherentismo filosófico y que antes bien apuestan por el tránsito conflictivo entre materiales, niveles de análisis, relaciones con la tradición de nuestra disciplina y con los intentos de disciplinamiento a los que la disidencia filosófica es sometida por parte de las instituciones académi-

cas. Porque solo una perspectiva que se propusiera extraterrestre, fuera del suelo y con suficiente distancia como para recortar bordes y límites, formas claras y agentes distintos, podría todavía abocarse a una política de individuos e intereses, de líneas definidas y futuros ideales o infernales. Contra esa perspectiva extraterrestre todavía muy difundida, una perspectiva terrestre como la que buscamos se sitúa y enraíza ya no culturalmente, sino materialmente, entre y en las cosas, sin aceptar la separación jerarquizante impuesta entre los términos, resistiendo toda individuación que se postule teleológicamente y en desmedro de los procesos y prácticas que la han hecho existir. Contra los futuros ideales y/o infernales, una resistencia de presentes en disputa.

³ Esta nueva perspectiva implica salir de la alternativa global-local a la que parece arrojarnos el neoliberalismo extractivista como una suerte de utopía modernizadora que reclamaría para las viejas colonias su turno extractivista. Lo que antes sucedía y quedaba bajo la órbita de la soberanía de los estados nación en cuanto al manejo de su suelo y de sus sistemas de producción, ahora pasa a ser impensable en términos de soberanía estatal, porque no solamente está globalizado el comercio sino que también están globalizados los recursos. El hecho de que los chanchos chinos coman la soja argentina supone que el poder financiero ejerce una actividad extractivista sobre el suelo latinoamericano. Se complejizan, así, todas las variables que tienen que ver con la soberanía estatal y con la consideración doméstica de los sistemas de producción y alimentación. Por ello, la respuesta ante estos hechos tampoco puede ser la de un ecologismo globalizado que en nombre de una agenda verde general garantice, ahora sí, el mejor provecho de los grandes productores de oxígeno o los más importantes reservorios de agua del planeta.